

Murcia: Un mes. . . 1 peseta.

Resto de España: un trimestre. . . 3'50 id.

Precio de la venta

5 cént. ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCIÓN Y OFICINAS:

SELGAS, 4. — MURCIA.

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año II

MURCIA.-Jueves 4 de Abril de 1907

Núm. 184

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES A PRECIOS SEGUN TARIFA.

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GROS DEBEN DIRIGIRSE AL DIRECTOR GERENTE

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Debilidades

mauristas

Con la proximidad de las elecciones generales, los periódicos carlo-conservadores vuelven a desatarse en augurios felicisimos para el partido, dándose albricias por adelantado de su triunfo seguro, indudable y por demás, legal... Sin desperdiciar lo más mínimo que a los contrarios pueda favorecer, desmenuzan lo que alguien llamó «mal de males», quitando probabilidades a éste y otorgándoselas por que sí a aquel otro, realizando, en fin, verdadera obra de patria de partido.

Ingeniosos hasta lo sumo, los conservadores quieren hacer renacer de buenas a primeras las ingeniosidades de hace días y hay que confesar que no lo hacen del todo mal. Convencer a los partidarios del Magnífico de que el triunfo que se avecina, será legal en todo lo posible, a semejanza del pasado, no es empresa reservada a otros ingenios que los del Gran Partido. El formidable esfuerzo que supone hacer creer a tan temible adversario lo que es, razonable que crea es conservador hasta serlo de sobra. Menos mal que el triunfo que se avecina, con su legalidad indudable, les recompensará credidamente dentro de poco y les regocija ahora, como premio a tan gigantesca tarea.

Barajar propósitos, fechas y plazos en el diccionario conservador significa poco menos que nada y bastante más que cometer crítica tontuna. Lo práctico, lo esencial es poner como no digan dueñas a los adversarios y quitarles por que sí, de golpe y porrazo, todas las esperanzas de triunfo. Los periódicos del partido, olímpicamente, no hacen otra cosa. Para ellos, lo indudable es su triunfo. Todo el fantasmagorismo político de los obstruccionistas, encarnado en el gran partido, es nada junto a ese nuevo afán maurista de convertir en imposible a fuerza de ser ilegal lo que piensan hacer los que están distanciados de ellos.

Demosttrativos como los que más, quieren serlo aún más de lo que lo son. Hasta aquí conformáronse con aplaudir propósitos que no existían en ellos, pero eso es sin duda algo anticuado y han acabado por desterrar tal costumbre. Vale más, muchísimo más, censurar duramente al adversario, poniendo así de relieve los propios méritos. Eso equivale a aristocratizar nuestra política, y demuestra, a su entender al menos, lo que de civilización han introducido en ella.

Esperemos el triunfo «legal, indudable...» «La Época» nos lo brinda con su encantadora suficiencia. Los partidarios del hombre del mauser tienen también sus debilidades.

Marcha del botijo

Como estaba anunciado, anoche a las ocho y veinte minutos salió de Murcia para Madrid el simpático convoy botijero organizado por el no menos simpático patriarca de la orden Mestre Martínez.

Desde las primeras horas de la tarde, con objeto de posesionarse de buenos sitios, comenzaron a acudir los expedicionarios.

También el público, que lo mismo gusta de verlo venir como marchar, llegó en buena cantidad, dando un aspecto animadísimo a nuestra estación férrea.

En todos los semblantes se reflejaba el pesar por la conclusión de los festejos y se leía la resolución decidida de tornar nuevamente el año próximo a presenciárselos.

Las conversaciones, como no podía menos de acontecer, versaban sobre las fiestas y sobre la conveniencia de que se anuncien con mayor anticipación para que el contingente de forasteros sea más grande.

Todos convenían en que si esto se efectuará así el número de huéspedes sería tres veces mayor.

Al llegar la hora de arrancar el tren, varios chisperos y bengalas se encendieron desde los vagones y el andén, ejecutando la música una pieza alegre.

Los viajeros dieron vivas a Murcia y a las fiestas de Abril.

En la estación estaban los periodistas, autoridades y juntas de festejos.

Los botijistas se marcharon muy gratamente impresionados, prometiendo volver el año que viene.

Hasta entonces y buen viaje.

Madrid al día

La entrevista de Cartagena

(De nuestro redactor-corresponsal)

Se aproxima el momento en que el Rey de España vaya al puerto de Cartagena a celebrar la entrevista que se viene anunciando con el soberano de Inglaterra Eduardo VII. Según todos los informes, ya autorizados por la sanción oficial, D. Alfonso saldrá de Madrid el próximo sábado.

Y ante este hecho, que adquiere caracteres de verdadero acontecimiento, en el orden internacional, ceden y se amortiguan todos los menesteres e incidentes menudos de la política interna.

Porque, no cabe duda, de que, a pesar de las versiones oficiosas, la circunstancia de avistarse y conferenciar dos jefes de Estado, ha de tener siempre más trascendencia que la simple y sencilla que puede atribuirse a las meras relaciones de cortesía.

Además, el rey Eduardo está en distintas condiciones que los demás Monarcas europeos. Su parentesco con la familia real española le da títulos de amistoso consejero, que aunque no revistan en ningún momento, aspecto incoerente de tutela, no pueden a ninguno ocultarse, y su poderío y representación rodean a su figura de una importancia que por nadie se puede desconocer.

En cualquier otro momento, en que la vida internacional estuviese serena, y encalmada, quizás la entrevista no alcanzara relieve tan pronunciado; pero los asuntos de Marruecos—por coincidencia singular—agitan y revuelven en la presente ocasión, el mar de las ambiciones y de las rivalidades europeas, y en oportunidad tan crítica, dos soberanos puestos al habla, (y dos soberanos que por añadidura son parientes y aliados), no pueden olvidarse de sus respectivas responsabilidades, y han de tratar necesariamente de una cuestión al traspasar los límites del círculo estrecho en que se mueven los intereses exclusivamente nacionales.

Está España aliada con el Reino Unido por un tratado secreto; está nuestro Monarca ligado al de Inglaterra por lazos familiares. ¿No son estas razones definitivas para conceder a la próxima conferencia todo el alcance que lógicamente debe suponerse?

Cuales sean sus resultados, qué influencia pueda ocasionar en la marcha de nuestros negocios, es la incógnita del problema, incógnita fácil de resolver, si se tienen en cuenta los antecedentes y premisas del conflicto planteado.

La cuestión es delicada, y por razones de discreto patriotismo, no debe mucho profundizarse en ella, pero sí como algunos suponen, los sucesos que se están desarrollando en el Magreb, son el principio del fin de la vida lánguida y precaria que viene arrojando el Imperio, congratulémonos de que no se eche en olvido nuestro papel de centinelas avanzados en este leito a resolver, y que los grandes, los temidos, los poderosos, vengan a nuestra casa a estimularnos con su consejo, o a alertarnos con su cooperación.

3 Abril 1907.

—RAFAEL MAROTO.

SILUETAS

Petronio

La luz de unos mecheros viejos amarillea con intermitencias y convulsiones de agonía trágica en la noche sombría, mezclando tristezas sobre el oleaje blandamente ondulado de las muchedumbres alegres.

El alma vigorosa y resistente de la ciudad cosmopolita, late febrilmente a las puertas luminosas del Circo vestido de fiesta y el rumor de sus estremecimientos nerviosos tiene sonoridad de besos frenéticos y dulzura melancólica de caricias soñadas. Majestuosas y solemnes a veces, a veces estrepitosamente chillonas, las notas del órgano se pierden en la sombra y en su estela de ritmos vibra apagada y tenue la cadencia olvidada de una música vieja.

Petronio es un alma primitiva, un alma delicada que siempre sueña con saraos deslumbrantes, que revolotea ansiosa en pos

de la quimera de unos ojos de náyade por los ámbitos fantásticos de unos regios salones ilusorios y se adormece en el murmullo de unos jardines magníficos donde hay lagos de esmeralda y hadas de albas flotantes vestiduras y pálidas princesitas de Huisión ambulante.

Petronio tiene un gesto señorial de desdén para las muchedumbres y las guías empinadas de su sedoso bigote de Kaiser rozan sus pálidas mejillas. En sus ojos el esqueleto de la lujuria bailotea frenético disfrazado de sublime pasión.

Petronio me lleva hasta las sombras puesto que el vulgo «chillón» y «ordinario» persiste en emborracharse con la luz amarillenta de los mecheros viejos, y en las sombras, con insistencia heroica de enamorado desliza en mis oídos gota a gota como un bálsamo que deleita, envuelto en el placer de la confianza, el placer apurado voluptuosamente de sus conquistas últimas.

«La he besado en los hombros, en la nuca...»

Hay mucho de arrebatamiento místico en estas declaraciones íntimas que sin querer se escapan y hasta mi corazón también enamorado llega acariciadora la calidez de unos besos presentidos, cuando dice en los supremos instantes de su éxtasis pasional, poniendo en los suspiros raros, una dulce e interminable languidez: ¡Que preciosa boquita! ¡Ay que monina!

Tropezamos con un objeto invisible a nuestros ojos adormecidos en la pesadez de unos dulces recuerdos nostálgicos. Las risas groseras del vulgo pasan a nuestro lado y tienen silbido siniestro de saetas. Un diminuto puesto de caramelos y golosinas infantiles se tambalea y la vendedora joven enlutada y triste tiene para nosotros una ingenua sonrisa de perdón.

Amablemente, con amabilidad elegante saludamos haciendo asomar a nuestros ojos ya despiertos, toda la verdad de un agradecimiento profundo.

Continuamos. Petronio levanta la cara iluminada por un rayo tenue de luz hasta las alturas donde las sombras son infinitas y esclama con una entonación de suprema complacencia: es formidable.

Petronio baja luego la vista hasta la tierra donde las miserias también son infinitas y paseando una ojeada rápida de orgullo por sobre los elegantes bolines, motivo de la pública estupefacción, prosigue deslizando por entre la intimidad de sus confidencias, todo el secreto de sus impúdicos atrevimientos.

Entramos. En todas partes hay ojos que curiosean ávidos, nuestros gestos, nuestras figuras, nuestros ademanes...

El desahogo y la fatalidad nos hacen héroes. Petronio es el árbitro, el supremo árbitro de la elegancia: el secreto terrible que ocultan los pliegues de mi capa fascina a las gentes que pagarian de buen grado por extasiarse en los arabescos que tejieron las hadas.

Delante de nosotros hay una bella señorita de alta estirpe burguesa que se estira y compone cuidadosamente presentiendo la inquisitividad de nuestros ojos.

Petronio siente la trepidación de un desquehaceramiento horrible allá en las reconditas veledosas de su extraño «mundo interior», porque los bolines le impiden mostrar «cuidadosamente al descuido», sus bellos calcetines de seda marrón salpicados de pintitas blancas.

Ha habido un momento solemne de breve pavilación y una decisión elocuente. Petronio levanta audazmente los pies y los zapatos de charol y los botines elegantes caen con estudiada dejadez sobre la butaca vecina de la bella señorita burguesa.

Un ama que arrastra pacientemente una larga prole infantil y juguetona, estira su seca figura que proyecta sobre un trozo de graderío solitario una silueta fantástica. Un grupo de juventud espolvoreada risas y alegrías en el ambiente caldeado, Petronio estudia en un examen de delicada distinción las apetitosas exuberancias de la bella vecina burguesa, pensando tal vez en la prodigalidad sicalíptica de su amada, en la suntuosa rigidez de sus bolines, en la opulencia de sus calcetines de seda marrón...

La muchedumbre, el vulgo grosero, tace brutalmente con sus plantas sucias, plebeyas que desconocen el lujo de los calcetines, ávido de recrearse en las exuberancias de la diabólica danseuse. El espíritu dormido de la ingenua quifería de la raza despierta en mi y la ingenua sonrisa de perdón de la enlutada y triste vendedora

me dice a mi alma la historia eterna de las soñadas caricias de Dulcinea.

FEDERICO A. BRAVO.

LEYENDO...

«TIERRA Y ALMA». — ENRIQUE MESA

Libro complejo de poesía bucólica, de dulzuras evocantes, de erotismos, de enamoramiento es el último libro de este poeta, exquisito y hondo, al mismo tiempo que a veces siempre de la vieja sonoridad castellana—nos dá la impresión de eso tan cumplimentadamente sutil y tan sutilmente subjetivo que llaman alma de las cosas.

Así en algunas de sus serranillas. Son estas breves poesías en que las bellezas del monte y las figuras campesinas, son ensalzadas. Prodigios de facilidad y dibujo que evocan las viejas rimas del caballero Don Inigo Lopez de Mendoza; a veces hay en ellas dulzuras sentimentales de pastoretas y de vaqueiras.

Corazón vela a la sierra... Tarde, tienen la honda poesía de los campos cuando la primavera florece y los crepusculos son églogas de luz. El bon vino, es un modelo de descriptiva justa y sobria, caparada y melancólicamente alegre. Como casi todas serranillas está versificada en el octosílabo clásico de rancio abolengo; ese metro insoportable como todo lo clásico y que adquiere flexibilidad de ondulación cuando poetas como Enrique de Mesa, Juan Ramón Gimenez ó Répide vierten en él la delicadeza de sus sentirs.

Las serranillas dejan una sensación de tranquilidad y alegría, hacen amar un poco la paz de los campos porque los presentan con más belleza de la que tienen. Son como una melodía de sistras pastoriles que gimie ran bajo un cielo azul luminoso de mañana y en una pradera floreciente que tuviese lejanías azules de montañas onduladas, caminos blancos con sombras de acacias y arroyos espejeantes de cielos y recitadores de monólogos místicos, de dulcedumbres de rabel, de nostalgias de Garcilaso.

Del Solar de Don Quijote, es otra parte del libro: tres poesías de admirable justeza que platan con delicados tonos de acuarela la austeridad tristonía de la Mancha, la llanura polvorienta tantas veces medida por el negro macilento del hidalgo loco; el sublime loco para quien eran castillos nobles las ventas vetustas y gigantes malandrines los molinos de viento. En Sin caballero hay el paisaje completo de la Mancha, sutilmente bocetado; y hay también una melancolía de nostalgia por el inmortal cabalgador de Rocinante...

Entre las Evocaciones, Velasquez aunque breve erige el primer de su factura, y su pictórico realismo tiene algo de la majestad de esos cuadros del divino Don Diego en que hay bridores envueltos en gualdrapas flameantes y flordeadas y caballeros con armaduras y príncipes altivos con la mano enguantada sobre el pomo del acero; de esos cuadros que en la penumbra de solemnidad y de evocación de los museos, parecen decirnos la poesía legendaria de los tiempos en que sus héroes lucharon, amaron, soñaron; aquellos tiempos en que la galantería era virtud de reyes y desasosiego de reinas y timbre de comediantas.

Como final del libro, los Bastos ofrecen la alegría fugitiva de un cariño que pasa y la tristeza intensa y evocante de lo que no volverá. Son las huellas imborrables dejadas por la romántica nada que embelleciera melancolías de poeta con la divina prodigación de su cuerpo y que acaso alegrara horas de ensueños nostálgicos con la flor de un couplet.

Quietud, tu aroma, yo deseo, son las poesías de los días venturosos cuando dos corazones latían al mismo ritmo y unos ojos muy negros se miraban en otros ojos apasionados. Erótica, con originalidad de imágenes y vigor de púcelada, pinta los ardores supremos de la posesión. Mi sonata habla de la canción lasciva que después de florecer en boca femenina se prost tnye en los labios canalescos de la golfemia. Mis muertos, Perdices la romántica, No volverá, son recuerdos de amor, melancólicos como flores mustias hay en ellos cansancio y dolor, añoranzas de cabellos rubios que no seran acariciados por una mano temblorosa; añoranzas de senos blancos y sedenos como cámbela de invernaeros; añoranzas de una boca bermeja como clemátida de pecado... (Job, Fomarinal)

Y acaba el libro co. Sé que fui loco, ad-

mirable alegría de amor. Dice una altivez la del que entrega un alma para que le entreguen un cuerpo; dice una verdad: la del que en las líneas exquisitas de una mujer bebe la muerte; y dice una tristeza: ¡la de no poder volver a beberla!...

ISIDORO SOLIS.

CUENTO

La gargantilla de perlas

(CONCLUSION)

II

Una hora después, Ricardo, después de los plés de la sirena, sus temores y sus angustias, había marchado a la diaria obligación contento y tranquilo. Y Lola, con el mismo espléndido atavío, sólo cubierto por túpido manto, salía recatándose como si no quisiera ser vista, y con el paso incierto del culpable y la faz demudada de la conciencia intranquila, atravesaba varias calles y penetraba en precioso y solitario hotelito, lindo nido de amor, abriendo ella misma la puerta con la llave que, como dueña, llevaba.

Dentro la aguardaban unos brazos varoniles que la estrecharon amorosos.

Cuando regresó a su modesto hogar, ya no era la misma deslumbradora mujer. Con los ojos enrojecidos, turba la mirada, las contrainas facciones, reflejando la lucha de mil pasiones desencadenadas; la ira, la indignación, el remordimiento, la desesperación; era pálida como la misma muerte, ya invadida por rojas llamaradas de fuego, era la estampa de la desolación más completa.

Con inconscientes movimientos de automática se fué arrancando la hermosa gargantilla de perlas que tanto la envanecía, los pendientes, todas las galas que eran su encanto, y tras, aquella aparente calma, rompió en violentas exclamaciones.

—¡Infame, infame, infame!—rugía—Es verdad que yo no podía continuar así; esta doble existencia era insostenible, esta continua ficción, este perpetuo engaño, imposible, imposible! Pero dejarme él, él, por quien he sido perjura, farsa, desprece hasta para mí misma, ¡esto es horrible!

¡Dios mío, no era bastante el remordimiento, tenía que venir el castigo y ya está aquí, terrible, vergonzoso, de gradante! El abandono del que me perdí comprándome hoy, mañana el desprecio del que me ama como a su Dios y siempre las privaciones, la miseria de levita que es la más negra.

Jamás, jamás aceptaré tan triste situación. Castigo, sea, yo misma me lo impondré antes que soportar una vida degradante; siempre será mejor el de morir en la plenitud de la vida; siendo adorada y dejando grata memoria que vivir miserable y ser al fin despreciada. ¡Dios mío, Dios mío, perdonadme!

Mujer al fin, la tensión de sus nervios cedió, y la hermosa, la altiva, la soberbia Lola, despojo informe de terrible infortunio, naufrago triste de ferroz botrasca, con ahogos de gemidos desgarradores, con ríngos de mortal congojal

Al día siguiente, el amante esposo, que había seguido toda la noche con zozobra los progresos que en Lola hacía la fiebre, volvió antes de lo acostumbrado de la oficina, corró con ansia a su lecho y lanzando un grito desgarrador se abrazó con locos transportes a su adorada esposa, cubriendo su pálida faz de besos y de lágrimas.

Lola estaba muerta.

Los médicos dijeron que de la rotura de una aneurisma. Dios solo conocía la verdad. ¿Quizá su propia mano! ¿Quizá el peso de su culpa!

El infortunado Ricardo, ya no tenía lágrimas, ni podía pensar.

